

IGLESIA

La muerte del cardenal Ruini, “intérprete” de la época Wojtyla

ECCLESIA

17_06_2026



**Stefano
Fontana**



El historiador Guido Formigoni, en el número actualmente en distribución de la revista *Il Mulino*, se ha referido a la “época Wojtyla-Ruini” como un todo unitario, caracterizado por dinámicas precisas de política eclesial y por una visión sobre cómo guiar de

manera indirecta la política.

Tras la muerte ayer del cardenal Camillo Ruini podemos afirmar que este esquema interpretativo es válido. Desde el punto de vista cronológico, las cuentas cuadran perfectamente y hablar de una “época Wojtyla-Ruini” está justificado. Desde 1991 hasta la muerte de Juan Pablo II, el cardenal Ruini fue vicario del Papa para la diócesis de Roma, presidente de la Conferencia Episcopal Italiana (CEI) y de Lacio, y presidente del Proyecto Cultural de la Iglesia italiana. También acompañó durante algunos años en estas funciones a Benedicto XVI, convencido de que seguiría por el mismo camino. Podemos compartir la expresión de Formigoni no solo por las coincidencias en las fechas, sino también por los contenidos.

Los años noventa se caracterizaron por dos grandes fenómenos de cambio que afectaron tanto a la Iglesia como a la sociedad y, naturalmente, también a sus relaciones recíprocas. Por parte de la Iglesia, llegaba a su madurez el proyecto de Juan Pablo II de relanzar la doctrina social de la Iglesia, sobre todo con la encíclica *Centesimus annus* (1991), dedicada al giro histórico que supuso la caída del comunismo en Europa del Este. En lo que respecta a la Iglesia italiana, este relanzamiento había sido preparado por el giro manifestado por Juan Pablo II en el Congreso eclesial de Loreto de 1985: la Iglesia tenía algo propio que aportar a la sociedad italiana también desde el punto de vista cultural y político, con lo que se superaba la línea anterior de una “opción religiosa” que ya no se comprometía en el ámbito del juicio sobre la realidad.

Y mientras esto ocurría en la Iglesia, en la sociedad italiana estallaba la crisis del sistema de partidos, el fin de la Democracia Cristiana como receptora de los votos católicos, el aumento de la dispersión política de los católicos, el renacimiento del Partido Popular y su marginación. Se necesitaba un nuevo marco que se concibiera en relación con las encíclicas de Wojtyła, que tendían a devolver la cohesión a la misión evangelizadora de la Iglesia, también en lo que respecta a su presencia pública. El principal exponente de esta época tan compleja fue el cardenal Ruini, quien intentó organizar esta nueva presencia siguiendo la línea conceptual y programática del Papa polaco, sin provocar, sin embargo, trastornos excesivos, sino más bien manteniendo la unidad. Sabía bien que las corrientes contestatarias eran numerosas, tanto dentro de la Iglesia como entre los políticos católicos del ámbito democrático.

El cardenal Ruini firmó en 1991 el prólogo del Directorio de pastoral social “Evangelizar lo social”, que, tanto en estructura como en contenidos, era plenamente wojtyliano. El Directorio ofrecía indicaciones precisas sobre cómo cada miembro de la Iglesia, desde el obispo hasta el laico, debía actuar para servir a la doctrina social de la

Iglesia: algo prácticamente impensable en nuestros días. En la estela de este nuevo entusiasmo ante los nuevos retos, la Iglesia italiana financió en la Universidad Católica de Milán el Centro de Estudios sobre la Doctrina Social de la Iglesia, promovió en cada diócesis las SFISP, Escuelas de formación para el compromiso social y político, impulsó la creación de nuevas agrupaciones laicas activas también en la labor de presión, como el Foro Nacional de Asociaciones Familiares, dirigido durante mucho tiempo por Luisa Santolini y, posteriormente, presidido por el propio cardenal Ruini, e instituyó y financió el Proyecto Cultural de la Iglesia italiana. Como se puede observar, el relanzamiento de la Doctrina Social y la convicción de que la Iglesia debía desempeñar un papel que no se limitara a la mera animación inspiraron aquella época ruiniana, a pesar de las previsibles dificultades.

Entre ellos recordamos a quienes se adherían a la línea alternativa liderada por el cardenal Martini, o a quienes acusaban a esta nueva “presencia” de haber abandonado el espíritu del Concilio, como por ejemplo el padre Bartolomeo Sorge, y a quienes, a pesar de las nuevas enseñanzas, seguían considerando ideológica la pretensión de una doctrina católica compacta que debía guiar la pastoral y no al revés. Hay que reconocerle al cardenal Ruini el mérito de haber guiado el barco en medio de la tormenta, de haber compartido la perspectiva de Juan Pablo II y de haber luchado por ponerla en práctica en Italia. Quizá podría haber evitado querer mantener la unidad con todos. Si observamos la organización de los numerosos coloquios del Proyecto Pastoral o las iniciativas promovidas por él, descubrimos que no todas seguían de manera coherente la línea del cardenal.

En el ámbito de las relaciones con la política, el cardenal Ruini jugó muchas de sus cartas. Tenía el proyecto de influir indirectamente en la política a través de políticos católicos presentes en todos los partidos. Hombres con visiones políticas diversas, pero unidos en lo que más tarde se denominaría los “principios no negociables”. En sí misma, la idea encajaba bien con el relanzamiento de la doctrina social de la Iglesia, pero la formación seguía siendo desigual, persistían muchas resistencias ocultas y la presencia en todos los partidos favorecía la dispersión incluso en cuanto a los valores que había que defender. Su último intento en este sentido fue su llamamiento a no acudir a las urnas con motivo del referéndum sobre la fecundación artificial de 2004. Tuvo éxito de forma inmediata, pero el cardenal también fue acusado de haber sobrepasado los límites permitidos a un eclesiástico. Sin embargo, el suceso reflejó bien la idea que él tenía de una presencia católica indirecta.

El cardenal Ruini también se sintió a gusto con Benedicto XVI, se adhirió a su línea

y, junto con el Proyecto Cultural, organizó el coloquio —que luego se convirtió en libro— “Con Dios o sin Dios, todo cambia”, un recorrido que también interesó a muchos pensadores laicos —entonces denominados despectivamente “devotos”— interesados en un discurso renovado sobre la verdad.

En cambio, no parece que el cardenal ya “jubilado” se sintiera a gusto durante el pontificado de Francisco. A su muerte, en la primavera de 2025, expresó cuatro condiciones que tendría que reunir el nuevo Papa: doctrina firme, aptitud para el gobierno, espíritu de comunión y consolidación de la fe. No fueron pocos los que vieron en estos deseos unos requisitos contrarios a los encarnados en el pontificado que acababa de terminar.